

## LOS LIBROS

### NOVELA

VOYAGE AU BOUT DE LA NUIT por  
*Céline, Luis F.*

Fué rechazado por la Academia Goncourt y prohijado por otra Academia. El macizo volumen (más de 600 páginas) pasó como una áspera pelota de las refinadas manos de los sucesores de Edmundo de Goncourt a las menos escrupulosas de otra Academia, la Academia Renaudot, otra de las tantas Academias de este país de Academias.

Sin embargo, nada menos académico que este enorme libro de memorias que recordaría el método proustiano sino fuera otra su orientación y el medio social descritos. Recordaría a Proust por la minuciosidad del análisis psicológico y porque el héroe, Bardamu, es actor y narrador, al mismo tiempo, del medio y de los acontecimientos que se desarrollan en el libro; pero se diferencia por la crudeza de la exposición, en que la invectiva muchas veces procaz, reemplaza al humorismo dieciochesco del buceador del tiempo perdido. Es también el tiempo per-

dido el que describe este viajero de la noche, pero su voz es bronca, acusadora. Nada tiene del chismorreco genial del creador de *Albertina* y de *Charlug*.

Su tono panfletario recuerda el espíritu batallador de los últimos libros zolaicos, pero Céline no es descriptor. Para él casi no existe el medio físico. Es el ambiente moral el que le importa. Su procedimiento no es objetivo sino psicológico. El libro es así un largo reportaje que llega directamente, por la elementalidad de su ideología y por la sencillez de la forma, al grueso público. Libro muy del tiempo presente y que emparenta de cerca con los dos libros de Remarque sobre la guerra.

Como éste, empieza con la narración de combates al final de la guerra europea. Las circunstancias del país en armas, la irresistible fuerza de la masa empujan al héroe a la guerra. No se puede hacer otra cosa en Francia que ir a las trincheras. En él no hay vocación ni fe en esta civilización que lleva a los hombres a destruirse con los más refinados instrumentos de muerte. La húmeda tragedia de las trincheras con la mugre y

la muerte en acecho a cada recodo de las galerías. El terror de las granadas que cruzan el cielo como pájaros mortíferos. Agudamente está descrita la defensa del hombre arrastrado por el hombre mismo a este caos de horror y de miseria. Las descripciones de Remarque y de Barbusse son ensayos de retórica al lado del drama interior de un solo individuo en medio de la batalla colectiva. Aquellos pintaron a muchos hombres en guerra: Céline a uno sólo y más que todo, a su conciencia.

La sensibilidad de un intelectual, de un médico (Bardamu, como el propio autor son médicos) puesta a prueba en este medio de privación y de muerte, termina por quebrarse. El héroe es internado un día en un sanatorio, con los primeros síntomas de la enajenación mental. Su enfermedad va en aumento cada día. Es el delirio de grandeza con su eufórica tragicomedia. El autor aprovecha la demencia de su héroe para sacar de él los símbolos más grotescos. Igual que Cervantes. Se cree un poeta, cuyos versos son declamados en la Comedia Francesa. El público aplaude a su redentor. Como don Quijote, vive del mundo creado por él, en contraste agudo con la realidad de la vida oficial.

Vuelve la razón y Fernando Bardamu empieza su conocimiento del mundo. Sale a rodar tierras. Se aleja de la ciudad, y va al África. Tampoco la verdad se halla en la áspera vida colonial, bajo la inclemencia de un sol implacable. La torpeza humana no es menor,

porque está creando civilización en un país salvaje. Los hombres civilizados que forjan guerras no son menos brutales y egoístas que estos colonos, desecadores de pantanos. Allá es el soldado; aquí, el negro. La explotación es la misma, y la misma la obscuridad que esconde el porvenir.

Del Africa pasa a Norte América. Es obrero en las usinas de Ford. Los millonarios americanos son vapuleados por Céline, como otrora por Gorki. No son menos crueles y egoístas que los políticos de Europa, y los capataces de las colonias francesas del Congo.

En suma, cuatro ambientes diversos y alucinantes: las trincheras, el suburbio, las colonias y las usinas de Norte América. Técnica-mente, no hay más unión entre los distintos medios que Bardamu, héroe y espectador, al mismo tiempo. Como en las novelas picarescas el protagonista unifica la multiplicidad de las acciones. Ante su análisis apasionado de deshacer los mitos del mundo moderno: capital y democracia, ética y principios. Céline es un pesimista. Como los naturalistas, recarga de tinta lo desagradable de la vida, pero podría agregarse, en su obsequio, que en la época de Zola lo bueno podía soportar en la balanza lo negativo y lo triste. Después de la guerra europea, la crisis y la miseria son patrimonio del mundo actual. Céline es un hombre honrado y él no tiene la culpa del desquiciamiento de la civilización occidental.

No es un libro el de Céline para cualquier lector. El hombre que

asiste a las películas que terminan bien y se complace, engañándose a sí mismo, con las mentiras que los traficantes de la pantalla fabrican para llenar su teatro, no puede aceptar sus conclusiones ni su técnica. Lo encontrará desquiciador y amargo, porque es acre como el sabor de la verdad. *Un ragout fortement épicé*, como lo exigía Zola a los novelistas de su tiempo, en su famoso manifiesto.

Pero no es esto todo. Hay en Céline un escritor de raza y como tal, ha encontrado para narrar la vida de Bardamu el lenguaje adecuado. Conoce el vocabulario popular y está empapado de él. Hay errores, crudezas del peor gusto al lado de escenas delicadas y de profunda emoción humana, pero Céline es joven. Su técnica tiene que evolucionar aún y encontrar los medios que le convengan. No es poco haber hecho un libro original en una época en que la retórica y el mercantilismo predominan en literatura.

Drieu La Rochelle, crítico de la R. N. F., se complace en determinar la calidad típicamente francesa del genio de Céline. Según él, ingenuamente Céline ha vuelto a beber en las eternas fuentes del espíritu de Francia, sin contaminarse con los géneros a la moda.

Es un moralizador egocentrista, de la línea de Montaigne, y de Rabelais. Como aquéllos, este francés del siglo XX llama las cosas por su nombre, sin hipocresías ni tapujos. Es eminentemente especulativo. No hay en él notas de color, sensaciones visuales. De África

y de América, no aparecen descripciones en *este viaje al corazón de la noche*, sino atmósferas morales, cuya alma es el propio autor. A los hechos, exprime Céline su jugo humano. Sin el hombre, aquellos medios nada serían. Es por el hombre que tienen personalidad y carácter, que significan algo, bueno o malo.—*Mariano Latorre.*

LA CIUDAD ROJA (Novela proletaria), por *José Mancisidor.*

El autor de *La Asonada*, obra que le consagrara entre los buenos proleatas de su patria y de América, da en este su segundo libro una nota viva y trágica de las enconadas luchas sociales en México.

Como en toda obra cuyo fin primordial es la defensa de las clases desvalidas, hay en ella páginas declamatorias que perjudican su calidad literaria, sin añadir razonamientos nuevos en beneficio de la causa generosa que sustenta el autor.

Claro es que están en *La Ciudad Roja* (1) muchas de las admirables cualidades de novelista que demostrara Mancisidor en su primera novela. Riqueza y novedad de estilo, descripciones rápidas y precisas, y una maestría no común en la adjetivación. Y además de todo esto, un fuerte soplo de humanidad que satura las páginas del libro. Pero el personaje central se desvanece en ocasiones para volver a mostrarse, desvahido y titubeante, entre los arresos revolucionarios del novelista.

Seguimos creyendo que la novela

(1) Ediciones Integrales. Jalapa, México, 1932.